

FERNANDO GOMEZ

VIAJE AL CENTRO DE LOS MANICOMIOS



Luciérnaga

En librerías desde el 27 de septiembre de 2023



VIAJE AL CENTRO DE LOS MANICOMIOS

~ Fernando Gómez ~

Un viaje a la intrahistoria de los manicomios de todos los tiempos

La historia la escriben los supuestos cuerdos pero también los supuestos locos. O los que pasan por locos. Los manicomios, hoy "hospitales psiquiátricos", nos despiertan curiosidad, morbo y hasta miedo. A lo largo de la historia han servido para curar, pero también para recluir, para olvidar, para apartar de la sociedad a personas difíciles de encajar en una sociedad convencional. Los manicomios sirven a Fernando Gómez de hilo conductor para contar centenares de vidas curiosas, de historias al margen de lo "normal", de anécdotas y de datos históricos de unos edificios singulares.

En *Viaje al centro de los manicomios*, el protagonista de los dos libros anteriores de Fernando Gómez (sobre cementerios y cárceles) escribe cartas al autor durante la pandemia y en cada una le habla de un manicomio distinto. El libro no se limita a recoger una simple descripción de edificios que albergaron a locos, sino matices y anécdotas de los locos y los cuerdos que los habitaron. En definitiva, la intrahistoria de los manicomios contada de otra forma.

Los relatos de este volumen están plagados de anécdotas, unas muy desagradables y otras más asequibles, incluso las hay divertidas y, sin duda, todas sorprendentes. Incluye una película y una canción al final de cada capítulo que tienen alguna relación con el manicomio, además de alguna cita de personajes conocidos.

Por este original libro desfilan manicomios famosos, como el de La Salpêtrière de París o los que tuvieron entre sus muros a célebres artistas, políticos o escritores, pero también otros más desconocidos y llenos de historias curiosas.

Proemio

Introducción de Fernando Gómez



«Los días eran interminables. El aburrimiento se había instalado en mi vida y no encontraba la fórmula eficaz de combatir la lenta monotonía con que pasaban las horas. Si encendía el televisor en busca de distracción, a los pocos segundos transitaba de canal en canal, sin que el nuevo me resultara más atractivo que el que había abandonado y al que no tardaba en dejar de ser fiel para buscar otro que antes había despreciado. Me cansaba con rapidez de todo cuanto con esperanza empezaba. El teletrabajo frente al ordenador me resultaba tan mecánico, que lo que me había producido placer hasta hacía poco ahora lo odiaba. Hasta en las multiconferencias semanales de la empresa mis compañeros me notaban apático y no se privaban de reprochármelo.

El único momento de relativa felicidad venía cuando caía la noche, cuando el simple acto de cerrar la bolsa de la basura, ir al portal y recorrer los cien metros que lo separaban del contenedor era lo que se podía llamar libertad. Nunca he andado más despacio que en ese corto trayecto. Quería paladear esos metros con la esperanza de hacerlos eternos. Los días eran idénticos a los vividos anteriormente. Me desesperaba estar convencido que no había razón para pensar que vendrían días diferentes.

Toda España llevaba más de un mes encerrada, solo con una salida diaria al contenedor y semanal al supermercado, por culpa de un enemigo mortal que llevaba por nombre coronavirus. Un virus que había alterado, sin previo aviso, nuestras vidas.

Como cada noche cerré la bolsa de la basura. Con parsimonia bajé la escalera. Al llegar al portal me extrañó que hubiera un sobre en mi buzón. Decidí cogerlo después de tirar la basura y así lo hice. Al no llevar encima la llave del buzón y al darme pereza subir a por ella, lo saqué con el mayor cuidado para no dañarlo. Lo conseguí sin demasiado esfuerzo. Ya en mi poder, contemplé que mi nombre y mi dirección se hallaban escritos a mano. Busqué el remitente en el reverso y fue una sorpresa no encontrarlo. Tenía prisa por aclarar el misterio y tomé el ascensor para llegar cuanto antes a mi piso. En el recibidor de mi casa, destripé el sobre con cierto nerviosismo y dentro encontré una serie de folios escritos a mano.

Al leer la primera frase me dio un vuelco el corazón. No tuve duda de quién me lo enviaba. A partir de ese momento, estuve convencido de que mis días de confinamiento serían muy diferentes a los que hasta entonces había vivido. No quiero hacerle perder más el tiempo y aquí le dejo lo que decía la carta.»

Prólogo

Lamento profundamente no haber acudido a la cárcel Modelo, adonde seguro que usted no faltó. Le expliqué mi imposibilidad de poder estar allí en la carta que dejé al conserje de la entrada de la cárcel, y espero que se la entregara. Si falté a nuestra cita, puede estar seguro que no fue por el capricho de un viejo achacoso, sino por un asunto de tanta importancia que me obligó a salir con urgencia hacia un viaje que, por doloroso, era ineludible. Esta maldita pandemia no permite que nos veamos y pueda disculparme en persona. Vuelvo a reiterarle mis disculpas y a repetir la frase de Charles Dickens que le escribí en su día: «El dolor de la separación no es nada comparado con la alegría de reunirse de nuevo».

Aquel día, mientras usted quizá con razonable enfado leía la nota que le había escrito, yo iba rumbo a Valencia. Era todo lo contrario a un viaje de placer. El día anterior había recibido una llamada de la hija del mejor de mis amigos, informándome de que su padre había sufrido hacía unos días un ictus y no me había llamado antes para no preocuparme. A pesar de la tranquilidad que quería transmitirme, no pude evitar salir cuanto antes hacia allí.

Ese mismo día por la tarde ya estaba a la cabecera de su cama. Me miraba con fijeza como queriendo reconocer a la persona que se había sentado a su lado y le hablaba.

Su hija, en un aparte, me dijo que desde hacía un tiempo confundía el nombre de las cosas. Llamaba tijeras a las llaves, y a los vasos, platos. Desde unos meses atrás no podía salir solo a la calle porque se perdía por lugares por los que tantas veces

había pasado desde niño. Y llegó el triste día en que se lo encontró tumbado en el suelo sin poderse mover y sin poder obedecer a lo que ella le decía.

Cuando le dieron el alta en el hospital, tenía medio cuerpo paralizado, no podía valerse por sí mismo y había olvidado los nombres y las caras, incluso el nombre y la cara de su hija.

Allí estaba yo junto a mi amigo con el deseo de que pronunciara mi nombre. Me miraba fijamente como quien mira a un extraño. Me reproché no haberle visitado más a menudo, y más sabiendo que era corto el trayecto que nos quedaba para abandonar este mundo. Lo bueno y lo malo de la vejez es que el futuro es el ahora.

Un mes entero estuve visitándole todos los días, tomándole a todas horas la mano, y no hubo ningún progreso entre el primer día y el último. Cada vez que me miraba, yo era para él una persona diferente.

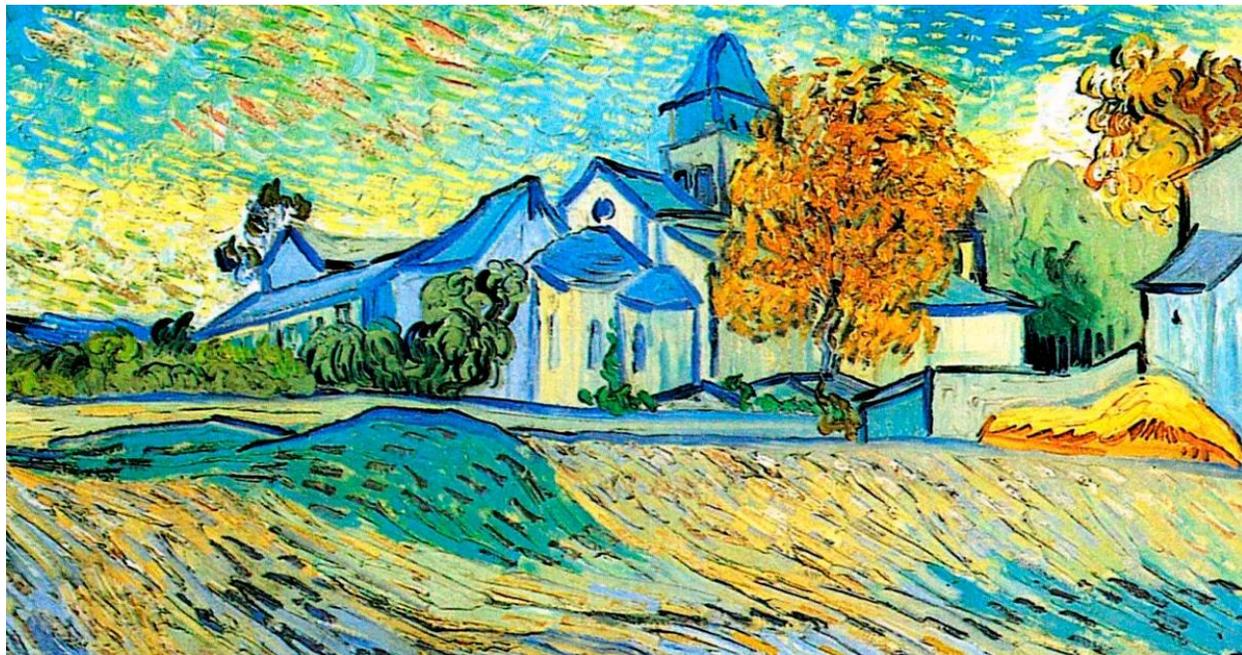
Cuando recorrí ochenta cementerios en mi particular vuelta al mundo, no pensaba que existiera algo peor que la muerte. Mi equivocación la descubrí cuando viajé de cárcel en cárcel, convenciéndome de que mucho peor que la muerte es la falta de libertad. Nuevo error que se unió al anterior. Peor que la muerte y la falta de libertad es el olvido de las personas y de los recuerdos. El recuerdo es patrimonio de los humanos y la memoria es poner paisajes al pasado.

Si antes visitamos juntos cementerios, y cárceles ahora, me gustaría que viajáramos a través de las cartas que le vaya mandando por las historias que encierran algunos manicomios ubicados alrededor del mundo. No vaya a pensar que esto va a ser un tratado docto sobre la locura, ni un sesudo estudio arquitectónico de los manicomios. En lo que escribiré no tengo otra finalidad que la de contarle historias de quienes allí estuvieron, y así, sin mayor pretensión, iremos pasando lo mejor que sea posible estos días oscuros.

Espero no aburrirle; sería imperdonable. Y qué mejor comienzo que recordar una frase dicha por un viejo conocido al que nos encontramos en el cementerio de Père Lachaise y más tarde en la cárcel de Reading, Oscar Wilde: «Lo único horrible que hay en el mundo es el aburrimiento. Es el único pecado sin remisión».

1. VAN GOGH Y EL HOSPITAL DE SAINT- PAUL-DE-MAUSOLE (Saint-Rémy-de-Provence)

«En el sanatorio de Saint-Paul, Van Gogh halló los momentos de tranquilidad que tanto necesitaba. Le fascina la calidad de la luz y el colorido de los paisajes que envuelven Saint-Rémy. El pintor no para de producir obras sin descanso, realizando en su estancia allí cerca de ciento cincuenta cuadros, ciento cincuenta y tres dicen los más puntillosos, a los que hay que unir numerosos dibujos que en tan solo un año pinta de manera compulsiva, como si no pudiera dejar de hacerlo. De continuo pide lienzos a su hermano para seguir con su obra. Necesita estar activo. En la misma medida en que no para de pintar, también se dedica a escribir cartas constantemente a Theo.»



2. CAMILE CLAUDEL Y LOS HOSPITALES DE VILLE-EVRARD Y MONTDEVERGUES (Vaucluse)

«A partir de la ruptura, la pasión que antes sentía por Rodin, la canaliza en realizar esculturas. Los encargos se le amontonan, pero tiene problemas económicos por no cumplir con la fecha de entrega acordada con los galeristas. Su salud se va debilitando. Es entonces cuando la locura la visita y aparecen los primeros síntomas, que se manifiestan con la destrucción masiva de sus trabajos.»

Es marzo de 1913 y Camille Claudel lleva quince años sin crear una obra nueva. Vive apartada de todos. El único que parece comprenderla es su padre, que siempre la defiende contra la opinión de su esposa. La muerte de su padre precipita los hechos. Pasados los funerales, la madre decide internarla en un sanatorio mental.»

3. HOSPITAL DE LA SALPÊTRIÈRE (Paris)

«Las mujeres a las que llevaban para recluir a La Salpêtrière eran las que detenía la policía, en las redadas que realizaba sistemáticamente en los barrios más pobres de París, y no eran seleccionadas para ser deportadas a Luisiana, con el fin de convertirse en las madres que se necesitaban en las colonias que Francia poseía en América.

Para hacerse una idea de cómo eran trasladadas esas mujeres a la reclusión, hay un cuadro pintado hacia 1754 por Étienne Jeaurat que lleva por título El transporte de prostitutas al hospital de La Salpêtrière. El lienzo muestra a un nutrido número de mujeres hacinadas en un carro, que son conducidas hacia el hospital para apartarlas de por vida de las calles de París.



Durante la Revolución francesa, La Salpêtrière hacía solamente funciones de prisión, y por ese motivo fue asaltada por la turba enfurecida a los gritos de «libertad, igualdad y fraternidad». Más de un centenar de prostitutas fueron liberadas. En la invasión hay que lamentar la muerte de treinta y cuatro mujeres, de las cuales veinticinco eran dementes que se encontraban prisioneras. Fueron sacadas de sus celdas y asesinadas en plena calle delante de una muchedumbre enfebrecida que disfrutaba con la sangre. Las tricoteuses gritaban con emoción y sin dejar de hacer calceta cuando la cuchilla de la guillotina cercenaba una cabeza de un aristócrata. Imagino que la misma placentera sensación pondrían de manifiesto los revolucionarios cuando eran asesinadas las infelices dementes. Ya lo dijo el sociólogo Gustave Le Bon: «En las muchedumbres lo que se acumula no es el talento, sino la estupidez».»

Contenido del libro

Proemio

Prólogo

Carta 1. Hospital de los Inocentes (Valencia)

Carta 2. Hospital de Saint-Paul-de-Mausole (Saint-Rémy-de-Provence)

Carta 3. Hospital de La Salpêtrière (París)

Carta 4. Hospital de Charenton (París)

Carta 5. Hospitales De Ville-Evrard (Neuilly-sur-Marne) y Montdevergues (Vaucluse)

Carta 6. Isla de San Servolo (Venecia)

Carta 7. Villa Azzurra (Turín)

Carta 8. Hospital de Hadamar (Hesse)

Carta 9. Narrenturm (Viena)

Carta 10. Hospital Saint Mary of Bethlem (Londres)

Carta 11. El Panteón de los Cerebros (Moscú)

Carta 12. Allan Memorial Institute (Montreal)

Carta 13. Isla de Blackwell (Nueva York)

Carta 14. Hospital St. Elizabeth (Washington)

Carta 15. St. Coletta (Wisconsin)

Carta 16. Hospital de Western State (Lakewood)

Carta 17. Hospital Cherry (Goldsboro)

Carta 18. Manicomio de La Castañeda (México)

Carta 19. Hospital Colonia de Barbacena (Barbacena, Minas Gerais)

Carta 20. Colonia Open Door (Luján)

Carta 21. Manicomio de Mondragón (Mondragón, Gipuzkoa)

Epílogo. Manicomio de Horta (Barcelona)

El autor: Fernando Gómez

Fernando Gómez (Barcelona, 1957) (Barcelona, 1957) es colaborador habitual en diversos medios de comunicación a nivel nacional sobre temas de historia y misterio. Ha publicado nueve novelas y es autor de *La vuelta al mundo en 80 cementerios* y *El mundo a través de sus cárceles*, ambos publicados en Luciérnaga. Fue galardonado con el Premio Mass-Media del Colegio de Detectives Privados de Catalunya en el 2015 por su novela *Distancias Cortas*, y en el 2016 con *Los vampiros de papel* se proclamó ganador del Premio Incógnitas Oblicuas.



Ficha técnica del libro

VIAJE AL CENTRO DE LOS MANICOMIOS

Autor: Fernando Gómez

Editorial: Ediciones Luciérnaga

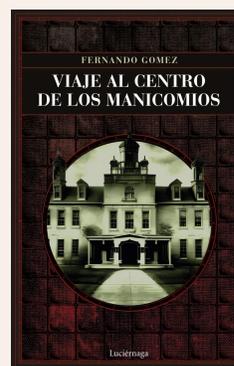
Formato: 15 cm x 23 cm

256 páginas

Rústica con solapas

PVP c/IVA: 16,95€

A la venta el 27 de septiembre de 2023



Para más información a prensa y entrevistas con el autor:

Lola Escudero

Directora de Comunicación Ediciones Luciérnaga

Tel: 619 212 722

lescudero@planeta.es